

MADRID DE NUEVO

Benito deja la maleta en el suelo y sólo entonces se da cuenta de lo mucho que ha añorado Madrid. Bilbao tiene su belleza, con su humedad sempiterna y su bohemia recalcitrante, pero la mierda siempre es igual en todas las capitales. Sin embargo, Bilbao no tuvo para Benito la capacidad de engancharlo como Madrid, como una droga dura. Bilbao es el trabajo, las ansias de colarse en la burguesía comercial, el dinero en mano y también aplazado; Madrid fue la pasión y la lujuria, el deseo de lo prohibido y la luz de las cosas por hacer. Bilbao absorbió el cerebro de Benito; Madrid, su corazón. Cuando uno es adolescente, cuando no hay muchas cosas que perder y sí algunas que ganar, el cuerpo pide siempre más: más comida, más horas de sueño, más juerga, más sexo, más alcohol y, sobre todo, más sensaciones poderosas para seguir al límite. Bilbao es una ciudad del norte, pero para Benito es otra cosa muy diferente: es la línea nítida que separó su pasado del futuro, el punto exacto en que todo lo anterior acabó y empezó el porvenir. Dejó de mandar el corazón y se hizo con las riendas una mente fría y calculadora, la propia de los adultos. Cuando Benito puso un pie en Bilbao, dejó de sentirse un niño y se encontró de golpe con un cuerpo de hombre. También influyó, por qué negarlo, el hecho de que llevara en el bolsillo de su chaqueta recién estrenada un contrato para hacerse cargo del departamento de creatividad junior de Gigabites & Bites Inc. La oportunidad de su vida le llegaba joven y no podía desaprovecharla, así que la excusa se convirtió en anhelo y terminó por ser el saco en el que arrojar el pasado no deseado. Se escudó en su agotador trabajo al cargo de un grupo de personas mayores que él y se olvidó no sólo de lo que sucedió, sino de lo que era antes de llegar.

T O M Á S O R T I Z

En el casi imperceptible movimiento de su mano derecha hacia el asa de la maleta, siente cómo su corazón va cobrando vida, cómo arterias y venas bombean sin control la sangre hacia sus mil destinos, cómo cada latido se convierte en un golpe rítmico que marca el compás de la vida. Benito no siente el corazón: lo tiene. Y eso es un alivio después de cinco años sin encontrárselo. Cinco años, Dios mío, cómo pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando me planteé las dudas, cuando abandoné el ambiente, cuando rompí con todo y con todos para dar un giro brusco al más puro estilo del chotis. El chotis, ese estúpido ritmo obstinado y pueril, qué absurdo recordar el chotis cuando Benito nunca lo ha visto bailar, ni en Madrid ni, más lógico, en Bilbao.

Su corazón no ha latido en cinco años porque tenía algo pendiente en Madrid y su víscera vital se quedó allí para intentar solucionarlo. Pero hace falta un cuerpo para albergar vida, y por eso Benito decidió volver un día, recoger su corazón marchito del suelo de la estación y retomar lo que se quedó a medias. Abandonando la metáfora escatológica, lo cierto es que hay pocas personas que recuerden las cosas agradables del pasado sin recurrir también a las ignominiosas, así que a Benito cualquier referencia a la felicidad de la adolescencia lo ha llevado siempre al punto en que se truncaron todos los proyectos de un futuro gay. Es decir, que los buenos momentos de entonces pasan todos por el tamiz denigrante de la muerte de Sebastián. Sebastián, El Cuerpo. Sebastián, El Deseado. Sebastián, Treinta Centímetros de Puro Placer. Benito sonríe al rememorar aquellas palabras, las que sus amigos y él mismo decían al referirse burlescamente a las virtudes ocultas del muchacho más enigmático del grupo, el que llegó el último y se fue el primero. Tremenda y macabra ironía: Sebastián, El Que Llegó El Último y Se Fue El Primero.

Volviendo a la estación y a uno de los cientos de viajeros que ha llegado en los últimos minutos a ella, hay que decir que lo que se quedó a medias en Madrid hace ahora cinco años es un juego que ninguno de los participantes se atrevió a terminar porque se tornó tan peligroso que las

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

escasas reglas que se impusieron perdieron todo valor. Cuando uno aprende que un camino alternativo consigue el mismo objetivo que la actuación ilegal, se olvida de violar las normas. No piensa que el resultado puede ser tan ilícito como si lo hubiera obtenido por el trayecto prohibido. Fue un juego que implicó a muchos, que mató a uno, que dolió a los demás y que aún está por concluir. Un macabro juego en el que blancas juegan y ganan, en el que negras juegan y ganan, en el que las piezas comidas entran en la partida y también acaban por ganar. Y todos perdieron.

Benito, con una vieja libreta de teléfonos en la mano, sin el prefijo por delante de cada ristra de números, fijaos en el detalle, da el primer paso para zanjar la partida, porque hace mucho que el tablero está desplegado sobre la mesa y es hora de pensar en otras cosas. Cinco vidas no pueden depender de un juego durante años, durante lustros, durante décadas y siglos. Ya está bien, se dice Benito, y abre la libreta por la página J. Tal vez no los encuentre a todos en los mismos lugares en que los dejó. Pero confía en que los ausentes se sientan llamados y acudan a terminar la partida.

—¿Sí?

—¿Javi? ¿Eres tú? Soy Benito... No sé si te acuerdas.

Ha salido un seis. Benito avanza las casillas correspondientes y vuelve a tirar el dado. Un dado cubierto de polvo. Maldito dado, que de tan sucio parece aún cubierto de sangre.

LA NOCHE QUE MATARON A SEBASTIÁN

Los chicos han quedado en la plaza, en el banco de siempre, y uno o dos ya están allí cuando aún no ha llegado la hora señalada. Cinco minutos de cortesía, que al final son quince, y luego al bar, a beber las primeras cervezas, que el tiempo apremia y la muda está limpia para cualquier eventualidad (sexual, se entiende). Claro que Óscar y Benito ya han tomado algo durante la tarde, mientras discutían sobre la posibilidad de alquilar un piso a medias. «Tiene cojones», se dirá Julián cuando se entere de las intenciones de los dos, «que dos maricones se vayan a vivir juntos sin tener una relación, porque al final, y me juego el cuello, alguna mamada o pajichuela caerá por alguna parte, ¿no?, ¿quién se resigna a dormir en la cama de al lado sabiendo que el compañero de piso es un perfecto especialista en la *felatio ad extremum*, es decir, acudiendo al habla rancia y populachera, experto en deglución de semen ajeno con previa excitación bucal, como todos sabemos que es Benito en la intimidad?».

—¿No lo habéis visto? —pregunta Roberto cuando ya van por la quinta jarra compartida.

—En toda la tarde —responde Javi, sin poder continuar. «¡Qué mal me sienta la cerveza!», piensa mientras se lleva a los labios el porrito recién hecho, como pan caliente. ¿No será que la hierba no es de buena calidad?

La siguiente parada es la discoteca. Hay pases para cuatro, así que pagan la entrada que falta entre los cinco para no abandonar a nadie a su suerte en la peligrosa noche de Chueca. Lo de peligrosa lo digo yo, porque para ellos es un paraíso de libertad y deseos, y lo digo porque si alguno se queda solo en la calle no

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

tardará ni tres minutos en sentir el revoloteo de varios mendicantes del sexo. Tocamos a doscientas, no está mal, piensa Julián.

En la pista de baile, la gente aún no se ha soltado el pelo, están comedidos y sólo mueven los vasos al ritmo de la música, alguno se atreve con un leve balanceo de caderas; ya veremos dentro de media hora, cuando los habituales jóvenes que parecen estar participando en el *casting* de *Fiebre del sábado noche* tomen al asalto las plataformas estratégicamente desperdigadas por la sala. En los sillones hay más personas, a esas horas apetece más la intimidad. Los servicios están abarrotados; las primeras cervezas hacen efecto a partir de las doce, así que la necesidad de evacuación es masiva. Grandes colas de colas grandes, medianas y pequeñas, valga el retruécano.

El día de los Santos Inocentes cae este año en viernes, y los viernes, ya se sabe. Cualquier excusa es buena para montarse una fiesta, sea por los Santos Inocentes o por los inocentes a secas y sin mayúscula, éstos que creen ingenuamente que un polvo bien dado en el cuarto oscuro de la disco los hará encontrar al hombre de su vida. ¿Inocentes? Gilipollas.

—Esto es un infierno —dice Roberto, mientras apura su primer JB con coca.

Nadie le responde, así que se lleva a la boca el segundo canuto de la noche, elaborado a partir de la *china* que lleva Julián en el bolsillo. Cuando va a pasar el cigarro a Óscar, se queda con las ganas, porque su amigo ha visto a Amadeo, un compañero de la facultad, y ambos charlan amistosamente cogidos de la cintura. Tienen un mega-altavoz de dos por dos al lado, por lo que se chillan tanto que parecen hablarse a kilómetros, pero sus labios no distan entre sí más de veinte centímetros. Optan por acercar la boca al oído del otro y, en el juego de movimientos boca-oreja y oreja-boca, alguna vez se rozan las mejillas y sienten la tersura de la piel recién afeitada. Hmmm, se huelen el *after shave*.

T O M Á S O R T I Z

—Cuate, aquí hay tomate —opina Benito, señalando a la pareja, y recoge el relevo de manos de Roberto, es decir, aspira profundamente el cigarrillo de la risa, como siempre lo llama el eufemístico de Javi.

Los demás sonríen. Roberto pide otra consumición y Javi lo coge de las manos para pedirle control. Roberto se zafa y le dice algo que no significa nada si no se entiende el tipo de relación entre Roberto y Javi. Para entendernos: Javi ama a Roberto, Roberto dice que ama a Javi, ambos son, de cara a la galería, novios, en el sentido más comprometido de la palabra. Pero la cuestión es: ¿por qué Javi ama a Roberto y Roberto sólo dice que ama a Javi? Elemental, porque no lo ama.

—Voy a ver si pillo —sentencia Julián y, dejando su vaso en la barra y el pitillo que le ha pasado Benito en manos de Javi, se interna en el bosque de brazos, piernas, torsos y rostros en que se ha convertido la pista de baile. Hay tanta gente inmóvil, en contra de lo que se espera en una discoteca, que, si los altavoces enmudecieran de súbito, la escena sería casi idéntica a uno de los momentos de *La lista de Schlinder*, ése que sucede en unas duchas/cámaras de gas la mar de confortables. Huelga la descripción detallada.

Benito es el único que sigue con la mirada el camino de Julián, entre otras cosas porque la frase que ha pronunciado se le clava como un sable de hoja curvada y le hace más daño que dos kilos de metralla alojados en el pecho. Nadie lo sabe (nadie debería saberlo sería la expresión precisa), pero Benito está loco por Julián, le encanta todo lo suyo, hasta sus manías, pero es inalcanzable para él. Se conforma con tocarle el pecho y el culo cuando bebe más de la cuenta y luego siempre puede achacarlo al exceso de alcohol. Pero no puede reprimir un sentimiento de amargura cuando sus ojos siguen el cabello negrísimo de Julián hasta los servicios y, luego, hasta la puerta del cuarto oscuro. Julián titubea, se vuelve, intenta disimular como si todo el mundo no supiera para qué se acerca uno a la

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

puerta de un cuarto oscuro si no es para entrar y hacer lo que se hace allí, o no hacerlo, pero al menos intentarlo, que es lo que importa. Benito cree que se han cruzado sus miradas antes de que su amigo se decida, y que lo ha mirado como pidiendo perdón.

—Mierda.

—¿Qué? —pregunta Javi.

—Nada —responde Benito, que pide otra copa.

—¿Tú también? —dice Javi, preocupado.

—¿Yo también qué? —repregunta Benito.

—¿Que si tú también te vas a limitar a pasarte la noche bebiendo?

—¡Ah, bueno!

—¿Ah bueno qué?

El diálogo de besugos termina cuando Óscar se reincorpora al grupo y pincha con el dedo índice los costados de sus compañeros, en ademán juguetón, buscando la complicidad.

—¿Qué pasa, estáis dormidos? —inquire.

Sólo Benito sonríe. Los demás echan un trago y se mueven mínimamente, como marionetas manipuladas por un niño torpe, para demostrar que aún están despiertos y que les queda mucha noche por delante. En la pista, un muchacho se ha quitado la camisa y la gente le hace un corrillo, no se sabe muy bien si para corearlo o para poder admirar con más detalle los pliegues de su torso. En la calle debe hacer un frío de mil demonios, varios grados bajo cero, y sin embargo aquí dentro corre por las venas de los presentes una sangre asombrosamente hirviente. Nadie llega a tocarlo, pero todos saben que el cuerpo del chico que baila solo y sin camiseta con que esconder sus delicias quema, que basta acercar un dedo a su carne para empezar a sentir el olor a piel chamuscada, que en las noches gélidas de invierno es cuando jóvenes como ése más calor tienen.

—¡Vamos a ver si nos divertimos! —dice Óscar.

—Paso, tío, vamos a bailar y punto.

Así que bailan en un rectángulo reducido e imaginario, un espacio de intimidad que ninguno de los

T O M Á S O R T I Z

cinco se atreve a cruzar porque viven a gusto dentro de él, un pequeño rincón que nadie osa violar porque es demasiado intrincado, porque sus lazos son tan inextricables que no parece haber fisuras entre ellos. Las hay, os lo digo yo.

Roberto mira a Javi y se dice que está hasta los huevos de tener dos madres, la biológica y la que tiene enfrente, no podemos seguir así; está harto de soportar a un jovencito demasiado nenaza para él, poco ambicioso; eso es, Javi es demasiado poca cosa para él, pero la chupa muy bien, sí señor. Javi mira a Óscar y piensa que le encantaría que Roberto fuera como él, tan amigable, tan simpático, tan buena persona, con sus defectos pero con una conciencia plena de ellos; joder, qué tío más perfecto, qué extraño que no tenga suerte, que no haya encontrado su medio níspero, ya podía yo enamorarme de él en vez de un ser tan egocéntrico y calavera como Roberto. Óscar no puede dejar de mirar a Benito y, al tiempo, pensar que tal vez Julián no se da cuenta, ni nadie más, pero que él no es tonto y se percata de que está pirado por él; madre mía, con lo bueno que está Julián y lo esmirriado que es Benito, no entiendo cómo puede pensar en que... bueno, eso demuestra que no está desesperado; si lo estuviera, se liaría con cualquiera y no esperaría a ese príncipe; claro que Julián sí que es un pincel y, sin embargo, fíjate, está deseando venir para encerrarse en el cuarto oscuro y venga, dos o tres corridas, pisando los talones a El Juli y tan apuesto y galante como él. Benito mira a Roberto y recuerda el día que le dijo que le encantaban los chicos extremadamente delgados, feos incluso, fue en Acuarela una tarde, esperando a los demás; Benito se quedó de piedra porque aquello sonaba a declaración, pero no pasó de ahí; no pasó de ahí porque Roberto es demasiado comodón como para decirle a Javi que no es su tipo y porque Benito no está desesperado, y a quien ama es a Julián; ¿o sí está desesperado?

—Estoy desesperado —dice Benito a la concurrencia, resollando por el esfuerzo del baile.

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

—Larga por esa boquita que Dios te ha dao —dice Óscar, sonriendo. Óscar siempre tiene una sonrisa para todo el mundo.

Roberto elude la mirada de Benito porque no le gusta que en el grupo se cuenten las penas. Los amigos están para disfrutar y reírse, no para llorar y pasarlo mal. En este momento lo odia por introducir problemas en la pandilla, por descubrir un cáncer que no debe existir entre amistades de borrachera. Sin embargo, cuando llegue a casa se coserá a pajas pensando en cómo será montárselo con Benito, cómo gritará cuando le meta el puño hasta la muñeca y luego lo gire ciento ochenta grados. A Roberto le gustan las bestialidades en el sexo, pero los demás no lo saben porque lo mirarían raro, más que ahora. Cuando folla con Javi, se limita a ser tradicional; lo más fuerte, quizá lo del consolador negro que le metió hace un par de meses; un aparato gigantesco, diez veces más grande que su propio pene; a Javi no pareció desagradarle demasiado. En realidad, a Javi no le desagradaría ni siquiera que Roberto lo follara con una taladradora, con tal de que lo hiciera con amor. Siento ser desagradable, pero es la única forma de entender que se dejaría matar si consiguiera un ápice de su cariño. El que ha estado enamorado alguna vez sabe de qué estoy hablando.

—Nada, que pienso que tengo veintidós años y que se me va pasando el arroz. ¿Y qué hago? Nada. Absolutamente nada. Que debería enganchar a cualquiera de esos y pedirle que nos fuéramos al Retiro a comernos mutuamente. Pero no tengo las agallas ni el carácter.

—Mentira —dice Óscar—. No tienes ganas porque eso es peor que quedarte aquí bailando con nosotros. Tú eres un romántico, como yo, y no podemos actuar como los que no lo son.

Ambos saben a qué se refieren y eso basta. Roberto se siente desplazado y se lía un porro con las manos temblorosas. Javi tiene la peculiaridad de que, cuando

T O M Á S O R T I Z

bebe, empieza a palidecer y dos sombras moradas se instalan debajo de sus ojos. No está borracho, los demás lo saben, pero tiene mal aspecto. Al rato, cuando todos han olvidado (o, al menos, eso es lo que él piensa) que Julián se fue hace quince minutos al cuarto oscuro, aparece como un fantasma desde el otro extremo de la sala y se acerca a sus compañeros bailando exageradamente. Todos ríen porque levanta demasiado los brazos y no se sabe la letra de las canciones. Benito, además, también se ríe porque le inspira ternura su cabello revuelto, pero no se para a pensar que han sido otras manos las que lo han despeinado, allá en la oscuridad, mientras sus labios lamían la piel. Ningún otro se ha dado cuenta, pero Julián viene con la camisa por fuera del pantalón. No le queda mal, al contrario, le da un aire de desenfadado muy atractivo. Sin embargo, entró en la discoteca con los faldones por dentro del pantalón. Benito sí se da cuenta, sobre todo porque en la entrada se fijó que esos Levis le marcan demasiado el culo, no le quedan del todo bien. Seguro que su amante rápido del cuarto oscuro se lo ha dicho: «Déjate la camisa por fuera para no marcar tanto culo, bonita, que pareces una tía, maricón». Eso es lo que le hubiera gustado decirle antes de entrar en la disco, pero no se atrevió. Qué guapo está despeinado, la madre que lo parió no se debía morir, piensa Benito, parafraseando a su propio padre. Antes de decir nada, Julián arrebató a Roberto el cigarro y da una profunda calada que debe llegarle hasta el escroto, y luego, más relajado, sí que suelta:

—¿Me he perdido algo?

—No veas, han repartido negros con trancas de este tamaño entre los clientes para gozarlos durante media hora —bromea Roberto—. Como no estabas, en el reparto te ha tocado el eunuco. Ajo y agua.

Todos se ríen con ganas, incluso Benito, y Javi besa los labios de Roberto porque se siente orgulloso de su humor. Cuando uno está enamorado hasta el tuétano

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

de la persona con la que comparte su vida, no es difícil vanagloriarse de todas y cada una de las actitudes nimias y sencillas que tome el objeto de la pasión enfermiza.

—Por cierto, ¿seguimos sin saber nada de Sebastián?

—Dale por muerto, ése ya no aparece.

Es indiferente quién hace la pregunta y también quién la responde, porque ninguno de los dos, al menos que yo sepa, habla con mala intención. Ni el que pregunta sabe en realidad que está esperando a un muerto, ni el que responde es consciente de hasta qué punto sus palabras dicen la verdad. Los demás se encogen de hombros y no le dan demasiada importancia. Es más, cada uno ve en su mente por un instante el rostro de Sebastián, sus gafas de pasta negra escondiendo una cara casi perfecta, unos pómulos definitivamente griegos, unos labios carnosos y una sonrisa de fábula, ni siquiera Perrault hubiera podido imaginársela. Todos consiguen retener su imagen de muchacho inteligente durante una décima de segundo, pero luego se desvanece en sus cerebros con la misma facilidad: hemos venido a disfrutar.

Javi deja de tener mal aspecto para tenerlo peor cuando pierde la capacidad de distinguir la realidad de la ficción y se tropieza hasta con sus propios pies. Se abraza a Roberto y lo hace sentir incómodo, ya no sólo por seguir al lado de alguien a quien de veras no ama, sino más bien porque no quiere hacer el ridículo una vez más.

—Para ya, no seas plasta —le recrimina.

Pero Javi no puede parar porque no sabe cómo. Ha bebido demasiado de demasiados vasos que contenían un número demasiado elevado de mezclas alcohólicas, y ahora paga las consecuencias como siempre. Lo de como siempre lo piensa Óscar, que mira de reojo a la pareja que se mantiene en pie por la santa voluntad de uno de ellos. El alcohol es un magnífico bebedizo para olvidar las penas, pero algunas son tan violentas que

T O M Á S O R T I Z

acaban por aprender a bucear entre las burbujas: Javi comienza a llorar, y lo hace como si una catástrofe hubiera arrebatado de su lado a toda su familia, incluyendo la política. Qué sencillo es poner como excusa el alcohol cuando se trata, en realidad, de arrepentirse de enamorarse de la persona equivocada. Le ha dado la llorona, piensa Benito.

—¡Atención, señores clientes —dice Julián, que todo se lo toma a cachondeo—, les informamos que en breves instantes tendremos la primera baja de la noche!

Lo que no sabe es que, en efecto, hay alguien que está a punto de largarse de la discoteca, ahí se le tiene que dar la razón, pero que esa persona será él mismo, y por otros motivos muy diferentes al alcohol.

—Es normal, con lo que bebe... —añade Benito—, si parece una esponja, pero de las familiares.

—Si yo tuviera tantos problemas como él, también bebería como un cosaco —dice Julián, y el rostro le cambia a Benito como si le hubieran leído su sentencia irrevocable de muerte.

Por un momento imperceptible, la humedad del local, el polvo del suelo mal cepillado, los restos de vasos rotos y bebidas derramadas, en fin, toda la inmundicia que hace mella en los tres metros cuadrados que ocupa el grupo de amigos se cuele en la nariz de Benito y lo hace sentirse como un animal desbocado. Toda la mierda que se ve alrededor no es suya, pero la va a limpiar.

—Tú no tienes ningún problema, no te lo voy a discutir, pero igual que te doy te quito, porque tampoco tienes sangre en las venas. —Mientras dice esto, Benito tiene los ojos brillantes, pero es por el humo, no creáis, no está a punto de llorar, aunque la voz se le quiebre en demasía—. Tú no tienes problemas porque viviendo como vives no puedes encontrarlos.

—¿Estás recriminándome mi forma de vivir? —se encara el jovenzuelo subversivo—. ¿Acaso me meto yo

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

con tu asquerosa castidad, con tu actitud monjil, que lo único que consigues es amargarte el espíritu, como es claro y notorio?

Benito levanta la mano contra Julián, ese sabihondo que, hablando tan bien, no tiene nada más que basura en el cerebro, pero todos saben que no llegará a descargarla contra él. No tiene el coraje de pegar a quien tanto quiere, aunque sea un completo irreverente, pero se siente tan enfadado consigo mismo por no tener el arrojo de romperle la cara, que no puede reprimir un acto verbal de violencia, más lesivo incluso que el manotazo que le tenía preparado:

—Espero que algún día me pidas perdón desde una cama de hospital, mientras te pudres por dentro.

Sus ojos se miran un instante que parece un par de siglos y, después, Julián se da media vuelta y desaparece entre la masa, se va a la calle, y luego andará varios kilómetros hasta su casa, no llegará hasta las seis, pero no le importa caminar al fresco para despejarse y olvidar lo puñeteros que pueden ser en algunos casos los amigos que lo quieren a uno. Por su mente ni siquiera pasa lo que en el futuro sí sucederá: tumbado en una cama de hospital, pudriéndose por dentro (Benito como regente del Oráculo de Delfos) sentirá una mano más salvadora que cualquier dios redentor acariciándole los cabellos, perdonando con el gesto la falta de sentido común que lo hará estar postrado en tan amargo lecho. No será Benito, será Javi quien lo consuele sin palabras, pero para el caso es lo mismo, porque la lección se aprenderá. Tarde, pero no nunca.

—Te has pasado tres pueblos y una urbanización —le dice Óscar a Benito cuando la víctima está saliendo por la puerta.

El conserje le ha preguntado a Julián que si le pone un sello para que pueda volver a entrar más tarde, y Julián no contesta, pero permite que estampe el caucho tintado en el dorso de su mano. Sabe que no volverá, pero es más fuerte la decisión de no mediar palabra con hombres desagradecidos (el adjetivo es

T O M Á S O R T I Z

redundante, todos los hombres son desagradecidos por definición) que la perspectiva de ser marcado con el sello de la bestia, así que se deja hacer y se marcha para no volver.

—Me cago en la puta, Óscar, no me jodas.

—Con esas cosas no se juega.

—Díselo a él, dile que con esas cosas no se juega.

Roberto se acerca a ellos y les dice que Javi no puede más y que lo lleva a casa. Roberto podrá ser todo lo cabrón que queráis, pero cuando se pone es un caballero. Lo que no saben es que en el viaje de vuelta a casa le va cantar las cuarenta en bastos, porque ya está bien de que se tome las licencias que le parece y dé el espectáculo aquí y acullá, que no sabe cómo coño le sucede, porque de un tiempo a esta parte no levanta cabeza y está perdiendo el norte. Pobre Javi, encima de resacoso y no correspondido, vapuleado. Y por alguien que no tiene derecho a hacerlo, precisamente el principal culpable de su desastroso estado anímico, de su desgana de seguir: amando, sufriendo, gozando, leyendo, cantando, bailando, viviendo. Retiro lo dicho: Roberto es todo lo cabrón que queráis.

Cuando Benito y Óscar se quedan solos en la pista de baile, más cerca de la decencia que de la impudicia del exhibicionismo, dejan de danzar de forma desinhibida como antes, y sus movimientos se limitan a un acompasado balanceo de caderas. Javi, Roberto y Julián no son las reinas de la noche, pero cinco son más que dos, y cuando tirar por la borda los prejuicios es el objetivo, la unión hace la fuerza. Por eso, por primera vez en toda la noche, Óscar se para a pensar en serio que es extraño, verdaderamente raro, que Sebastián no haya salido hoy. Es más, puede recordar que el ausente habló por teléfono con Benito el miércoles y le dijo que ya se verían el viernes, que tenía cosas que contarle. Sebastián pocas veces tiene cosas que contar. Pero tal vez esa conversación no ha sido esta semana. El alcohol emborriona el tiempo.

LOS AMIGOS DE SEBASTIÁN

—¿Sabes por qué Sebastián no ha venido? —pregunta al fin.

—¿Me lo preguntas o me lo vas a decir?

—Te lo pregunto.

—Supongo que habrá quedado con alguien. Hace un par de días puso un anuncio en el periódico para buscar novio. Estaba harto de nosotros. Y lo entiendo perfectamente, porque somos unos mamarrachos, pero sobre todo porque no podemos darle lo que le daría un novio: amor.

—Yo puedo darle treinta centímetros de puro amor —bromea Óscar para no perder el humor, y Benito sonrío sin muchas ganas, como si la noche ya se hubiera torcido.

La cabeza de Óscar se convierte en un hervidero de pensamientos. «Así que Sebastián ha quedado con un chico, y el miércoles ya se habían conocido, por eso comentó que tenía cosas que contar. Qué suerte, Sebastián con novio, y los demás a verlas venir». Todas las sospechas que han surgido en la mente de Óscar parecen confirmarse después de esta información. Lástima que tenga que pasar aún un buen rato hasta que conozca la verdad sin fisuras. «Benito ha dicho que hace dos días, así que el miércoles todavía no podía conocerlo», sigue con sus elucubraciones inútiles, pajas mentales para ser exactos y rudimentarios. «Bueno, eso ya es asunto suyo, no voy a preocuparme más por él».

Pero sí debería preocuparse, porque a estas horas, mientras sus dos amigos están abandonados al tedio de una noche de invierno en la discoteca, lejos de disfrutar de una romántica velada con un hombre que ha de hacerlo feliz de por vida, Sebastián, el mismo Sebastián del que todos han hablado durante la noche, está tendido entre dos coches de la calle del Espíritu Santo, y no respira, no creáis que está borracho o aturdido, pues de entre sus labios se escapa un hilillo de sangre y, con él, el último resquicio de vida; y no es arriesgado decir que si está allí precisamente y

T O M Á S O R T I Z

no en cualquier otro lugar de Madrid, que mira que es grande, no es por casualidad, que nadie se topa con la muerte porque sí. Avanzando mucho y a sabiendas de que eso puede significar pillarse los dedos, me atrevo a asegurar que quien lo ha llevado con mano firme hasta esta situación no es ningún desconocido para él, y hasta ahí puedo leer, citando a la una y mil veces idolatrada Mayra Gómez Kemp.

Cuando la imagen de Sebastián se desvanece en la mente de Benito y Óscar, también se desintegra su existencia y deja de ser un joven guapo, deseado, atractivo, irresistible, con miles de proyectos a la espalda, para convertirse por una extraña mutación de la vida en setenta y dos kilos de carne fresca pero muerta, un cadáver más, ni feo ni bello, un cuerpo inerte que nunca más volverá a abrir los ojos más hermosos de la ciudad, que jamás mostrará ya orgulloso a nadie sus bíceps recién desarrollados por el gimnasio constante, que ya no habrá momento para ver su sonrisa de anuncio. Cuando Óscar y Benito abandonan la discoteca porque ya no hay más cartuchos que quemar y cada uno toma su camino hacia sus respectivas casas, a Sebastián lo encuentra la madrugada metamorfoseado a la inversa, de mariposa ha pasado a gusano. Será por eso que, cuando un barrendero va acercándose hacia el cuerpo, lo confunde con una bolsa de basura, por el chaquetón negro, pero sobre todo por la insultante quietud de su permanencia.

Qué ironías tiene la vida: a esas horas, Sebastián no es más que eso, un saco de mierda.